

El pintor:

[...]
 Pronto borraré mi crepuscular
 [figura del óleo,
 —Emperador de mi cuerpo—
 Y sabrán que es de la misma
 [materia
 La ausencia de un hombre o de
 [un caballo.
 [De: Testamento del pintor
 chino, pág. 53]



En fin, existencias todas, que de no haber sido raptadas de su inefable condición por Roca, de seguro Nadie lo habría hecho por él.

La agudeza y efectividad de Juan Manuel Roca en la construcción de metáforas, imágenes, relaciones simbióticas, etc., hacen de él un inagotable surtidor de ideas, hasta el punto de que algunos de sus poemas no son sino eso: impulsos de contundente creatividad que sin apagarse como ocurrencia (línea o verso) dan paso a otra de la misma intensidad y efectos. Y ello es visible en la forma de enumeración característica de algunos de sus textos —y en cada uno de sus apartes— que precisamente nos permiten afirmar lo dicho, como es el caso del poema *Tertulia de sombras*, citado a continuación, el cual constituye a mi juicio una sarta de ideas poéticas, semejando, cada una de estas ensartadas ocurrencias, un poema completo al estilo de los producidos por ciertos vates de nuestro medio que se inspiran con esfuerzo para dar a luz “poemas breves”, “haikús”, “epigramas” y/o “poemillas de pelo corto”:

TERTULIA DE SOMBRAS

Pregona el anunciador: señoras
 [*y señores, la sombra
 del trapeceista buscará en el aire
 [la sombra del trapeceio.*

*Disparan los cazadores: la
 [sombra de la lanza hiende
 la sombra del leopardo.*

*Advierten los jardineros: la
 [sombra del rastrillo quisiera
 sembrar la sombra de una flor.*

*Lo afirma el timonel: la sombra
 [de la bandera trapea en
 la sombra del buque.*

*Dan fe los sepultureros: la
 [sombra del tiempo, señora
 del zarpazo, tiene escondida su
 [guadaña.*

*Sospechan los ancianos: la
 [sombra de Nadie acaso se
 oculte en la de Alguien.*

*Lo piensa el prisionero: las
 [sombras de las rejas malgastan
 el sol.
 [pág. 44]*



De la misma manera este poema es también ejemplo de cómo Roca —semejante a un rey Midas— convierte al instante a cuanto objeto, cosa, animal o ser, haya rozado con su pluma, en niebla o nube, en sombra o aparición, en vacío o ausencia, y tal vez lo haga apoyado en esta justificación: “No es que el tiempo menosprecie las obras del hombre o que no sepa discernir entre la nada y la belleza, pero es su juego llenar el mundo de vacíos”. Por esta misma vía, Juan Manuel Roca ha eliminado cualquier alusión al mundo nombrado tradicionalmente en la poesía, cuyo paisaje no tiene vida por fuera de la materia compacta. De una vela encendida, por ejemplo, aprecian la armonía de su forma y el volumen, pero nunca perciben el calor que de ella se desprende. En

la poesía hace ya mucho rato que no valen nada las representaciones, ni los calcos denotativos de la realidad, y hoy, y en la poesía de Roca, tal representación se parece mucho a la valoración que el hermético Eugenio Montale hacía de los pobres elogiando al limón: “Los pobres también tienen su porción de riqueza, y es el olor de los limones”.

GUILLERMO
 LINERO MONTES
 guillermolinero@gmail.com

Sugiere pero no profundiza

Soles rotos

Miryam Alicia Sendoya Guzmán
 Ediciones Sociedad de la Imaginación,
 Bogotá, 2003, 109 págs.

Casi siempre la poesía hecha por mujeres está limitada a los temas del erotismo y de la confesión íntima, un marco estrecho que a pesar de todo sigue siendo la referencia para centenares de creadoras. Claro, existen las excepciones, y una de ellas es la autora del presente libro. A pesar de la suma brevedad que la caracteriza, deja entrever la adquisición e interiorización de un lenguaje (el lenguaje como asunto de intervención creadora), intención de concederle más atención a la invención formal y verbal que a los temas. No olvidemos que la costumbre de fijar en las mujeres un tono y una representación en su escritura, diferente de la de los hombres, es el rezago de un feminismo trasnochado que se preocupa exclusivamente por las nociones de género y no por los argumentos de calidad, profundidad y trascendencia. Afirmando lo anterior porque la autora de *Soles rotos* proviene de la promoción que realizan ciertos encuentros de poesía de mujeres, eventos cuyo principal valor es el de constituirse como un fenómeno sociológico, respetables ins-

tancias donde las consideraciones de estética y arte pasan a un segundo plano.

Sin embargo, el libro comentado trata de escapar a la tendencia biográfica, directa, contestataria, lastimera y demasiado personal de otras escritoras, atmósfera enrarecida por el énfasis en la diferenciación sexual o en el rechazo a fijar lo impersonal o el yo universal dentro de los avatares de la creación poética. Así lo manifiesta la escritora Matilde Espinosa en el prólogo al libro que nos ocupa:

Con el título de Soles rotos se inicia el poemario escrito por Miryam Alicia Sendoya. Como todo libro de poesía, el primer impulso es conocer a través de las metáforas el mundo del poeta; sus vivencias emocionales, ese enigmático funcionamiento que se manifiesta casi siempre acariciando la quimera tan difícil de conquistar.



Prima en esta poesía la aprehensión de una realidad sensorial, la cual viene a ser una proyección de la vida interior, de los símbolos internos proyectados a través de jóvenes metáforas, cuya lectura da cuenta de realidades espirituales inexpressables de otro modo.

A manera de ejemplo leamos uno de sus poemas:

ALAS DE FUEGO
Un pequeño pastor
trae tus ojos
y el vaivén al andar

*pastorea la esperanza
y alas de fuego
alejan sus cantos esenciales*

*Otros arrullos
dejarán el eco
en los árboles*

Allá

Las preocupaciones de *Soles rotos* giran alrededor de la muerte, el paisaje y la ausencia, que son formas interiores, aspectos del alma y formas básicas de los principios de una poética trazada en esta obra. Debe comprenderse la noción de poética como una escritura de continuo aprendizaje y una exploración incesante, colmada de esfuerzos y sacrificios.

La poeta trata de buscar ese nexo entre la realidad y las palabras que parecen trocarse en seres y hablar por sí mismas. Las voces de la naturaleza o los contornos de los objetos poseen resonancia con los influjos de la imaginación, de la evocación y la divagación concisa en la expresión. Quisiera la poeta conocer la vida oculta de las cosas, el movimiento recóndito que, superando las resistencias naturales, anhela enunciarse. Observemos:

REGRESO
*Regreso a otra isla
donde exorcizan demonios
y los astros asoman
cangrejos sonrientes
en el hondo lamento del árbol*

Se plasman aquí unas imágenes iniciáticas, concisas, casi fugitivas, una virtud de concebir una palabra sencilla, sin estridencias, siempre dispuesta a la pausa, al sigilo, al secreto. Como ilustración de tal afirmación encontramos líneas que dicen así: “los trinos lentos abren el día”; “allá un dolor recogía sus obras”; “el viento que abrazas llevará tu eco nómada”; “un acertijo de soles confabula su garganta”; “de pronto apremia tatuar un pájaro con bitácora de sueños”; “la aurora moja el leño del día”; “ojos cada vez más viejos se miran en las hojas de la noche”; “la humedad de

su canto apacigua la lentitud del tiempo”; “su lengua pasa sobre el rostro de la noche”; “un precario animal infunde miedo en las cavernas”; “el destino como una candileja desliza su sombra lejos del ahorcado”; “nadie sabe cuántas arañas tejieron ataúdes para soles rotos”; “vuelve con una soga blanca sobre el hierro apagado en la memoria”; “el amanecer rasga su piel temblorosa”.

Ahora veamos esta última imagen en su contexto:

PIEL DE AMANECER
*El sueño le devora
los ojos
le da de beber
la otra orilla*

*El amanecer
rasga su piel
temblorosa*

Lo anterior da una idea de cómo una imagen sugestiva se puede quedar sola, naufragando dentro de un texto, sin generar el caudal de imaginación e indagación que merece. Es posible advertir a partir de la brevedad expresada una demasiada contención, como si el lenguaje se encerrara en pocas palabras y las frases pronunciadas se reprimieran para salir, articularse, actuar, participar en el poema. Es más lo que se detiene, lo que se comprime, no por el afán implícito de la enunciación, o por la moderación de un modo de decir, sino por la carencia de elaboración mental antes del acto de la escritura. Se olvida que toda expresión, por concisa que sea, es el fruto de la síntesis dialéctica, la cual tiene en cuenta la contradicción, la unidad y la cualificación. Veamos otro texto como ilustración:

SUSURRO
*No tuvo la noche
más que fugaces vuelos
regateos de locos
y al filo del silencio
el susurro del agua*

El lector queda con una sensación volátil, asistiendo al comienzo de algo que no evoluciona. La autora

tan sólo nos comparte la entrada a un misterio más vasto y complejo. Propone algo y sin embargo detiene el vuelo de lo sugerido, se cohibe y sujeta detrás de lo escueto, de un laconismo y una parquedad evidente. Ya no es brevedad sino economía, circunspección, moderación rebasada al límite, esquema veloz, diríamos nosotros, como si las líneas del poema tuvieran un límite obligado, una temporalidad encarcelada, un ascetismo controlado. Un asunto es el deseo y otro distinto es la enunciación poética de la aspiración existencial. Hecho que deja al final la sensación de luchar contra el vacío y la vaguedad, fenómeno producido también por la concepción de la escritura como un acto de creación espontánea que puede depender del ánimo y de las circunstancias.

Otra posible razón para la existencia de tal contención extrema puede ser que la poesía de *Soles rotos* está atenta al instante y a la serenidad, y se concibe desde el reposo. Quizá por esa ausencia del drama, de la fuerza, de la vehemencia y del rigor, los textos no toman el desarrollo que la imagen sugiere, deduciendo de ello inconvenientes en la labor lingüística, en la reescritura o corrección de los textos, para hacerlos más intensos, polivalentes. Como el conflicto es sugerido con levedad, la imagen no resuelve la tensión, ni inaugura una reconciliación.

La omisión de la diversidad puede conducir a cierta debilidad de la expresión y a una posible inmediatez del manejo de los temas y, por ende, a una fragilidad de la concepción del poema. Porque, además de explorar un lenguaje, otra manera de decir las cosas, lograr ritmo y tonalidad, una voz personal y una concepción particular de la poesía, debería existir también una teoría de la poesía que la sustente. Por ello nos da la impresión de que *Soles rotos* carece de la fundamentación especulativa e hipotética, y se lo deja todo a la franqueza intuitiva y natural. Es que volver a nuestra interioridad debe ser una obra de honda tarea emocional e intelectual, unión de espiritualidad y reflexión, sensi-

bilidad y pensamiento, introspección de nosotros y el mundo.

Sugiere pero no profundiza durante su ejercicio minimalista, de pinceladas muy sencillas. Aún esta poesía se preocupa más por explayar temas, aplazando por ahora la aventura del lenguaje y la configuración de un pensamiento que acompañe la emoción y la contemplación sensorial.

Pero logra, a pesar de su parquedad, concebir una imagen que sospecha o presume la realidad de una manera nueva, imprevisible, distinta de la percepción común o trivializada. Es una virtud ir más allá de la simple emoción, el poseer gracia, ingenio, cierto encanto o hechizo.



Presentimos un placentero capricho de la autora al escribir, ejercicio que deja afectos encontrados: miedo, amor, melancolía, tristeza, alegría, sensaciones muy fácilmente transmitidas. Otro asunto es la reflexión que suscite el conocimiento, así sepamos de antemano que la poesía de *Soles rotos* ilumina una verdad personal e incluso genera una especie de “belleza” plasmada.

El espacio en que se realiza esta labor constituye un elemento definitivo para que el principio poético irrumpa.

Se lee a través de sus versos un despliegue de sentimiento y la evocación constante, casi traslativa. Los poemas aquí presentes señalan una manera de estar en el mundo, la experiencia temporal vertida como testimonio, la fe de los acontecimientos que la autora ha vivido. Escritura que puede servir como un punto de par-

tida hacia la construcción de una futura palabra, personal, original, de raigambre muy propia; poesía que con su crecimiento pueda en un tiempo cercano propiciar la comunión y la memoria animada de los lectores.

GABRIEL ARTURO CASTRO

El laberinto del poeta es un campo de batalla

Números hay sobre los templos

Julio César Arciniegas Moscoso

Ediciones Sociedad de la Imaginación, Bogotá, 2003, 109 págs.

El autor del libro objeto de este comentario es un poeta relativamente poco conocido. Con anterioridad había publicado dos textos: *La ciudad inventada* y *Color de miedo*, obras en las que ya se auguraban los elementos de una naciente poética que va forjando un mundo. El texto se divide en dos partes; la primera, titulada *Soles de piedra* y la segunda, *Números hay sobre los templos*. Precisamente en el apartado que le da nombre al libro, encontramos la invención de una serie de dioses modernos, híbridos y extraños seres que pueblan el imaginario terreno sagrado del presente. Allí actúan el Dios de los edificios, el refrigerador, Mercelandro o el dios automóvil, el Misil, la bombilla o el Dios de los desechos, entre otros. Pareciera que tales seres míticos resultaran de la confrontación del creador con los avatares dolorosos y asombrosos de su tiempo. Del *Dios de los desechos* manifiesta que “Él se venía preparando para darnos el honor de nacer a lo largo de este horrible tiempo [...] Este siglo estará bajo la pena de su severo enfado. Entonces ya no habrá cómo escapar de sus rigores”.

Más que una confesión, la creación es para Arciniegas una comunión, dirigida a la búsqueda de lo